

Matteo Albanese

El debate sobre la naturaleza del fascismo ha sido siempre, desde el nacimiento de este fenómeno, uno de los más fecundos y articulados que hayan sido desarrollados tanto por los historiadores, como por los científicos sociales en general. Desde la obra de Angelo Tasca hasta las últimas reflexiones de la historiografía contemporánea, las líneas exploradas han sido muchas. Se pueden mencionar, entre las más importantes, las visiones del ultranacionalismo de Payne, los análisis de Linz acerca del franquismo y el autoritarismo, los estudios más centrados en los aspectos culturales realizados por autores como Mosse, Griffin y Gentile —quien ha retomado en Italia la obra de De Felice— así como las últimas tendencias que, promovidas por Mammone y Costa Pinto en sus trabajos comparados, consideran el fascismo como un fenómeno transnacional¹. Hay también una inmensa producción de corte marxista, desde Tasca hasta Collotti², quien ha hablado de las correlaciones entre modernización e industrialización y la afirmación de los regímenes autoritarios, una perspectiva que fue retomada por autores como Gino Germani. Finalmente, el trabajo de Ismael Saz nos habla de cómo la historia de España, desde los años veinte del siglo pasado, tiene que ser contextualizada en un marco europeo más amplio³. Si movemos el foco sobre la década de los sesenta y la primera mitad de los años setenta, la cuestión se hace aún más compleja. Esta complejidad se debe también al hecho de que una buena parte de la historiografía ha practicado una división entre un franquismo brutal en su primera etapa y un régimen supuestamente más abierto, y por

¹ PAYNE, Stanley, *Fascism in Spain, 1923-1977* (Madison: University of Wisconsin Press, 2000); GRIFFIN, Roger, *The nature of fascism* (Londres: Routledge, 1993); GENTILE, Emilio, *Il culto del littorio. La sacralizzazione dell'Italia fascista* (Roma-Bari: Laterza, 2009); DE FELICE, Renzo, *Intervista sul Fascismo* (Roma-Bari: Laterza, 1975); COSTA PINTO, Antonio, *Rethinking the nature of Fascism* (Londres: Palgrave Macmillan, 2011).

² COLLOTTI, Enzo, *Fascismo, fascismi* (Roma: Sansoni, 2004).

³ SAZ, Ismael, *Fascismo y franquismo* (Valencia: Universitat de Valencia, 2004).

lo tanto más tolerable, después de los sesenta. Si resulta relativamente sencillo encontrar las líneas ideológicas y de acción política comunes entre el primer franquismo y la Italia fascista, el análisis del período posterior se hace más complicado por el tipo de relaciones que se establecieron entonces no sólo entre el Estado italiano y el español, sino también entre un vasto abanico de actores políticos en el marco de la Guerra Fría.

El fascismo en general, y el neofascismo en particular, pueden ser abarcados eficazmente mediante una lectura transnacional. Este enfoque resulta muy interesante para comprender mejor el fenómeno e intentar superar la esquizofrenia historiográfica arriba mencionada: a través del estudio de los vínculos del régimen franquista con los movimientos de extrema derecha italianos, se puede desvelar la naturaleza autoritaria que las instituciones españolas mantuvieron hasta el final⁴. De esta forma se problematiza tanto la vida política de la dictadura franquista como de la República italiana. En efecto, en las próximas páginas veremos que dentro de la red internacional del neofascismo fueron activos cuerpos sociales y realidades políticas internas y externas a los dos sistemas. Al mismo tiempo, la pregunta sobre la que se basa este estudio, es decir, cuáles fueron las razones del neofascismo a la hora de convertirse en una red internacional, enlaza profundamente con los problemas relativos tanto a la transición a la democracia en España, como a la propia naturaleza de las instituciones democráticas italianas⁵. Así, en este capítulo se analizará, entre otras cosas, cómo los cambios estructurales que tuvieron lugar en Italia y España en un arco de casi veinte años fueron percibidos por los actores que integraban el fenómeno neofascista, una galaxia de individuos, grupos, partidos y sectores de las instituciones.

Hay que tener presentes tres puntos que guían el esfuerzo de comprensión del universo neofascista y sus vínculos con las instituciones franquistas:

— El neofascismo ha sido estrechamente ligado a la derrota del fascismo y a sus consecuencias políticas. Ésta es precisamente la principal distinción entre fascismo y neofascismo. Si en los años 1922-1945 el fascismo fue un modelo universalista y exportable, el neofascismo fue compuesto, por lo menos al principio, por veteranos fascistas que no se rendían a la derrota.

— Precisamente a causa de la derrota, el fascismo perdió parcialmente la unidad que le proporcionaba la coincidencia entre «Partido» y Estado, fragmentándose en una galaxia de grupos a menudo enfrentados entre ellos. Las diferentes corrientes que habían estado siempre presentes en el fascismo, en todas sus variantes nacionales y culturales, estallaron bajo el peso de la irrelevancia política a la que los fascistas se

⁴ ALBANESE, Matteo y DEL HIERRO, Pablo, «A Transnational Network: The Contacts between Fascist Elements in Spain and Italy, 1945-1975» en *Politics Religion & Ideology*, 15/1, 2014, pp. 82-102.

⁵ MAMMONE, Andrea, GODIN, Emmanuel y JENKINS, Brian (eds.), *Varieties of Right-Wing Extremism in Europe. Extremism and Democracy* (Londres: Routledge, 2012); LEDEEN, Michael, *Universal Fascism. The Theory and Practice of the Fascist International, 1928-1936* (Nueva York: Howard Fertig, 1972).

vieron confinados desde la segunda mitad de los cuarenta. Es importante subrayar que este fenómeno se produjo obviamente en las democracias occidentales, pero también en España y Portugal donde, después de 1945, el espacio del fascismo propiamente dicho disminuyó progresivamente.

— Junto con esta fragmentación, hay que subrayar también el intento de superarla, y en este sentido el enfoque transnacional es especialmente útil. Desde 1950, en efecto, realidades como el *Movimento Sociale Italiano* (MSI) intentaron establecer relaciones con otros partidos, grupos y sectores de aquellos regímenes autoritarios que seguían en pie; este aspecto resulta crucial si queremos comprender cómo las distintas partes de esta compleja galaxia política, aunque manteniendo a veces profundas diferencias, fueron capaces de coordinarse, yendo más allá de sus especificidades y juntándose contra los enemigos comunes, a veces incluso compartiendo algunos objetivos.

Por estas razones, lo que vamos a describir aquí es una red y no una organización. No existieron vínculos demasiado estrechos, ni una sola estructura organizativa o política de la que emanaran unas directrices: los distintos individuos, grupos o porciones de partidos e instituciones supieron adaptarse a las circunstancias y a los cambios del sistema político en nombre de los enemigos comunes y de los objetivos compartidos. Bajo este punto de vista, el marco teórico del neofascismo tiene que ser concebido aquí no tanto como una categoría analítica, sino más bien como una denominación sintética para describir un amplio campo político que incluía en su seno desde los neonazis del Círculo Español de Amigos de Europa (CEDADE) hasta los miembros de la *Alleanza Cattolica Tradizionalista*.

ESTRUCTURA Y SUPERESTRUCTURA: CAMBIOS DE ESCENARIO Y EXTREMA DERECHA

Entre finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, Italia y España experimentaron enormes cambios económicos y políticos. El PIB de ambos países creció, al mismo tiempo que se extendía el consumo y el nivel de empleo. En España el crecimiento coincidió con la nueva política económica emprendida tras el ascenso en el régimen franquista de los llamados «tecnócratas», jóvenes economistas católicos y pertenecientes al Opus Dei, quienes profesaban el abandono de las medidas proteccionistas y la apertura del país al liberalismo económico⁶. El denominado Plan de Estabilización fue lanzado en 1959, cuando las grietas entre régimen franquista y la extrema derecha eran ya claramente visibles. En este sentido, resulta interesante el relato de un militante de Falange, Alberto Torresano, que en 1953 abandonó España y se fue a Alemania: al tener la impresión de que el régimen franquista se estaba inclinando inequívocamente

⁶ Stefano MAGGI, «La 600 ed il telefono. Una rivoluzione sociale», en Antonio Cardini (ed.), *Il Miracolo economico italiano, 1958-1963* (Bologna: Il Mulino, 2006), p. 108.

a favor de la opción monárquica, decidió alejarse de él también físicamente. Este relato nos cuenta cómo un militante del área neofascista, entonces muy joven, vivió el cambio de dirección que el régimen estaba emprendiendo, aunque fuera mínimo. Obviamente, hay que tener en cuenta la lentitud de ese proceso y sus contradicciones, que persistieron hasta el final de la dictadura. Hay que considerar además aquella sensación de derrota que afligía el neofascismo a nivel transnacional: tanto los militantes italianos, que habían visto perecer el fascismo sumido en una tragedia, como los españoles, quienes empezaban a sentirse marginados entre todas aquellas profundas transformaciones que veían producirse a su alrededor.

Esta sensación no conllevó resignación: al contrario, retomando viejos mitos de la ideología fascista, supuso un compromiso aún más fanático en la persecución de sus objetivos y una búsqueda espasmódica de potenciales aliados, tanto dentro como fuera de las fronteras nacionales. Fronteras nacionales que, como veremos más adelante, iban perdiendo progresivamente su significado de «comunidad de sangre»: así, en la práctica y en la ideología del neofascismo, esta comunidad de sangre fue parcialmente sustituida por el concepto de «comunidad política». Una comunidad política ampliada que incluía en su seno no sólo a militantes del MSI y de los nuevos grupos que se situaban a su derecha, como *Ordine Nuovo* (ON) y *Avanguardia Nazionale*, sino también a jóvenes extremistas católicos que en muchos casos colaboraron incluso con los servicios de inteligencia, como por ejemplo Guido Giannettini quien, antes de convertirse en un informador del *Servizio Informazione della Difesa* en Italia, fue militante de *Alleanza Cattolica Tradizionalista*⁷. Él y otros periodistas del área del neofascismo desempeñaron a menudo este doble papel de intelectuales militantes e informadores de los servicios secretos italianos y de otros países.

En este sentido fue emblemático el caso de Giano Accame, intelectual y exponente destacado del MSI. Se había alistado como voluntario en la Marina de la *Repubblica Sociale Italiana* (RSI) el 25 de abril de 1945, con tan solo 17 años, y fue indultado por los partisanos por su joven edad. A raíz de unos viajes a Angola y Portugal entró en contacto con la PIDE, la policía política de Salazar, y empezó una labor de fichaje de los intelectuales y periodistas que en el exterior hacían propaganda antiportuguesa y filomarxista. A cambio, Accame no pidió dinero para sí, sino financiación para su periódico⁸. Asimismo Franz Turchi, senador del MSI y director del órgano oficial de este partido, *Il Secolo d'Italia*, en 1961 fue recibido por Francisco Franco⁹. No sólo el MSI

⁷ *Archivio Centrale dello Stato* (ACS), *Delegazione Generale di Pubblica Sicurezza* (DGPS), *Busta* 36, 1957-1960.

⁸ *Fondazione ed Archivio Storico Ugo Spirito e Renzo De Felice*. Fondo Giano Accame. Sobre la visita de Accame en Angola, véase Archivo Nacional de Torre do Tombo, Fondo PIDE, AOS/CO/NE-27.

⁹ Fundación Francisco Franco (FFF): Doc. N.º 5405, Nota del Ministerio de Asuntos Exteriores a Francisco Franco, 14-1-1961.

siguió manteniendo relaciones con las dictaduras ibéricas, también algunos activistas pertenecientes a los grupos del área neofascista viajaron a menudo a Lisboa y Madrid. Pino Rauti, por ejemplo, líder político de ON, viajó a Lisboa en 1963 porque —según un documento de la PIDE¹⁰— quería entrevistarse con Salazar para acreditar ON en el área neofascista italiana, así como para buscar financiación que ayudara a la expansión del movimiento. No sabemos si este encuentro llegó finalmente a producirse, de todas formas unos meses más tarde una recién nacida Asociación de Amistad Italo-Portuguesa recibió de Portugal unas octavillas escritas en italiano que fueron utilizadas en una manifestación racista.

Mientras tanto, algunos sectores del franquismo, fuertemente decididos a contrarrestar el comunismo y preocupados por las aperturas económicas del régimen, miraban con creciente interés a la extrema derecha italiana¹¹. Aunque el MSI fue marginado de la vida política italiana después del desastroso experimento del gobierno Tambroni en 1960, el régimen franquista no dejó de proporcionarle apoyo político y económico¹². De hecho, la consiguiente llegada de los socialistas al gobierno con la *Democrazia Cristiana* (DC) alarmó tanto al régimen de Madrid como a los sectores conservadores italianos¹³. Los peligros eran substancialmente dos: que en Italia se instaurase, por vía democrática, un régimen socialista o —perspectiva considerada mucho más probable— que la alianza con los socialistas empujara a la DC a adoptar posturas más críticas hacia el régimen franquista. No fue casual que en el verano de 1962 el general de los Carabineros y jefe de los servicios secretos militares, Giovanni De Lorenzo, con el apoyo del presidente de la República, Antonio Segni, amenazara con un golpe militar para frenar la acción del gobierno de centro-izquierda liderado por Aldo Moro. Según la historiografía, parece que De Lorenzo y Segni no pensaban realmente poner en práctica el golpe, no obstante la simple amenaza fue suficiente para que el gobierno de centro-izquierda atenuara de manera considerable sus políticas reformistas¹⁴. En España fueron las huelgas de 1962 y el desarrollo de las clandestinas Comisiones Obreras algunos de los hechos que alarmaron a los sectores más conservadores del franquismo¹⁵.

Este inciso es necesario para comprender cuáles eran las fuerzas en juego: en Italia y España la derecha radical estaba cada vez más dispuesta a actuar recurriendo

¹⁰ Archivo Nacional de Torre do Tombo, AOS/CO/NE-30A.

¹¹ Archivo General de la Administración (AGA), sig. 42/8948,5. Véanse las notas para el Ministerio de Economía.

¹² Javier MUÑOZ SORO y Emanuele TREGLIA, «La política de la fuerza o la fuerza de la solidaridad: franquismo y antifranquismo en la Italia de los años sesenta», en *Historia del Presente*, 21, 2013, pp. 81-98.

¹³ Javier MUÑOZ SORO, «Un confronto tra dittatura e democrazia. Alfredo Sánchez Bella, ambasciatore della Spagna franchista presso la Repubblica Italiana (1962-1969)», en *Mondo Contemporaneo*, 3, 2013, pp. 7-38.

¹⁴ FRANZINELLI, Mimmo, *Il Piano Solo* (Milán, Mondadori, 2009).

¹⁵ Rubén VEGA (ed.), *Las huelgas de 1962 en Asturias* (Gijón, TREA, 2002).

a la violencia. En el seno del MSI la corriente interna liderada por Almirante, la más cercana a las ideas de la RSI, se había hecho con las riendas del partido tras los duros enfrentamientos callejeros que tuvieron lugar en Génova en 1960. El neofascismo italiano decidió dotarse entonces de una estrategia capaz de guiar la lucha internacional contra el comunismo, una lucha que debía ser organizada alrededor de los principios de la «guerra revolucionaria» y en nombre de la cual todas las divisiones y reservas, incluida la atlantista, tenían que ser abandonadas. Así, en 1965, en el hotel *Parco dei Principi* fue organizada una reunión cuya finalidad consistía en explicar a la entera galaxia del neofascismo italiano que había sido tomada una elección precisa, que implicaba la lucha violenta y el terrorismo. Una elección en nombre de un internacionalismo que tenía que llevar los militantes neofascistas a enfrentarse contra el bolchevismo allí donde hiciera falta¹⁶. Los asistentes a aquel peculiar mitin fueron muchos: militares como Alceste Nulli Augusti, general de los paracaidistas de la *Folgore*, militantes de los grupos neofascistas como el líder de AN Stefano Delle Chiaie, Pino Rauti, Guido Giannettini y el profesor universitario Pio Filippini Ronconi, exponente del MSI nacido en Madrid y ex combatiente en las *Waffen SS*¹⁷. Los contactos entre estas y otras personalidades eran preexistentes, pero la decisión explícita de hacer frente a un enemigo común fue un cemento importante en la labor de construcción de un área neofascista europea unida. Además, hay que subrayar que los italianos consideraban que esta lucha contra el comunismo podía abrir unos espacios para cercenar el sistema democrático, instaurando también en Italia un gobierno autoritario. Esta debía ser la premisa de una verdadera revolución fascista que se habría extendido por toda Europa, desde Brest hasta Bucarest, como decía un eslogan de la *Jeune Europe* (JE).

JE fue una organización interesante, que merece unas líneas antes de poder abarcar las convulsiones de 1968 y el inicio de la época de las masacres. Había sido fundada en 1962 por Jean Thiriart, un militante de la derecha belga que durante la guerra había colaborado con el *Reich* alemán, con la idea inicial de crear un movimiento que se opusiera a la independencia del Congo de la metrópolis. Estableció para ello contactos con los franceses de la OAS, pero la JE cambió rápidamente de piel, convirtiéndose en un movimiento de corte neofascista que predicaba no sólo la independencia de África, sino también su conexión con una Europa unida, una entidad política única y antagónica a los dos bloques. Se trataba de una vieja idea hitleriana que Thiriart retomó y adaptó al contexto de los años sesenta. En 1965, la JE contaba ya con once sedes en diversos países europeos, entre ellos España e Italia, y mantenía relaciones políticas con la Rumania de Ceausescu, la China Popular, el FLN argelino, el FLNP en Palestina, etcétera. De hecho,

¹⁶ Sobre el mitin en el *Parco dei Principi* véase el informe policial que se encuentra en ACS, *Ministero dell'Interno* (M.I.), *Gabinetto*, 1967-70, *Busta* 31.

¹⁷ Entre los numerosos trabajos que se han ocupado de la «estrategia de la tensión», se puede ver el de Aldo GIANNULI, *L'armadio della Repubblica* (Roma, Nuova iniziativa editoriale, 2005).

fue un militante belga el primer europeo en morir luchando al lado de los palestinos contra el ejército israelí en el verano de 1968. JE fue el primer movimiento de la galaxia neofascista europea que nació y se desarrolló como transnacional.

Su rápida difusión, sobre todo entre los jóvenes, nos dice mucho acerca de los militantes neofascistas, de cuánto anhelaban quitarse de encima la etiqueta de ultranacionalistas y de cómo vivían una dimensión del fascismo que resultaba novedosa. Esta manera «nueva» de ser fascistas no era determinada sólo por la mentalidad ligada a la derrota, sino también por el redescubrimiento de una dimensión transnacional que, propia del movimiento en sus orígenes, asumía significados nuevos y más complejos ante el escenario de la Guerra Fría. Entonces realidades como *Jovem Europa* o los Círculos Doctrinales José Antonio, que a menudo invitaron sus homólogos italianos, representaron otra pieza de la historia de las relaciones entre los grupos italianos e ibéricos. Los militantes de los Círculos Doctrinales, nacidos dentro del ambiente falangista, se oponían con decisión, aunque sin recurrir a la violencia, a los cambios que estaba realizando el régimen franquista y el de Madrid llegó a ser cerrado temporalmente por la policía en 1963. Las instituciones españolas, por tanto, adoptaron una actitud ambivalente y a menudo esquizofrénica, demostrando tolerancia hacia los grupos y militantes extremistas extranjeros pero, al mismo tiempo, controlando rígidamente el disenso interno. También la documentación policial sobre la JE evidencia este aspecto: si la policía franquista por un lado juzgaba estos grupos como fundamentalmente minoritarios, por el otro los documentos desvelan la naturaleza autoritaria del tardofranquismo y su burocrática obsesión por toda forma de disenso¹⁸. Hay que subrayar que esta tendencia cambió a lo largo de los años, tendiendo hacia una benevolencia más explícita hacia las redes neofascistas después de 1968, cuando algunos sectores de las instituciones defendieron claramente la perspectiva del mantenimiento de las estructuras dictatoriales incluso tras la posibilidad cada vez más cercana de la muerte de Franco.

Este cambio de actitud por parte de las autoridades franquistas se puede comprobar analizando otro grupo que fue muy activo en aquella red, el Círculo Español de los Amigos de Europa (CEDADE), creado en 1966, entre otros por los conocidos exnazis Otto Skorzeny y Leo Negrelli, refugiados en España. Oficialmente se trataba de una asociación cultural que tenía como finalidad el estudio y la difusión de la cultura wagneriana, pero en realidad era una organización neonazi que publicaba revistas y libros negacionistas y que divulgaba la visión de otros famosos criminales nazis que vivían en España, como Leon Degrelle¹⁹. CEDADE participaba en el *Nouvelle Ordre Européenne* (NOE), un grupo internacional que unía varias siglas del neofascismo europeo, y tenía

¹⁸ AGA, Ministerio de Información y Turismo, sig. 42/09131,36.

¹⁹ Un libro de Leon Degrelle fue publicado en España en los años sesenta y tuvo amplia repercusión en los ambientes neofascistas: André CHELAIN, Jean-Louis DEBBAUDT y Paul DE FASSANGE, *Leon Degrelle fascista per dio e per la patria* (Milán: Editore Barbarossa, 1997).

contactos con ON. Es importante subrayar la fluidez de aquel *network* neofascista: los grupos a menudo se formaban y se disolvían al cabo de unos meses, y militantes pertenecientes a una corriente pasaban a otra.

Ramón Bau, por ejemplo, ha afirmado que una reunión del NOE se celebró en su casa en Madrid, y ha hablado no sólo acerca de las relaciones del CEDADE con elementos italianos o franceses de las antiguas OAS, sino también de que el grupo español habría sido financiado por el *mufti* de Jerusalén, quien en 1970 vino a España para entrevistarse con grupos neofascistas ibéricos y europeos²⁰. En Barcelona y Madrid, por lo tanto, en la segunda mitad de los años sesenta se movían numerosas personalidades pertenecientes a diferentes culturas políticas relacionadas con la extrema derecha: de los ultracatólicos franceses a espiritualistas como Rauti, de los neonazis de CEDADE a nacional-revolucionarios como Freda. Esta red tenía como referentes culturales y organizativos a personalidades como Negrelli, Skorzeny, Degrelle y Juno Valerio Borghese, el excomandante de la famosa unidad *X MAS*, quienes habían estrechado un vínculo ideológico durante la Segunda Guerra Mundial y no se resignaban a desaparecer de la escena política. Buscaban, por lo tanto, una ocasión para convertir nuevamente el fascismo en un elemento activo de la vida política europea, sacándolo de los pantanos del revanchismo nostálgico. Esta ocasión se las proporcionaron en parte las dinámicas de la Guerra Fría, cuando colisionaron con el más grande movimiento de masas transnacional de la historia del siglo xx después de la revolución bolchevique: el 68.

1968: LA PARTICIPACIÓN DE LAS MASAS, LA VIOLENCIA DE LAS ÉLITES

El título, más que de élites, quizá debería hablar de «elitistas». Esta, en efecto, es probablemente la categoría más apropiada para definir un rasgo común a las distintas almas de este variado mundo del que estamos intentando esbozar una breve historia. Una de las cosas que más sorprenden en las numerosas entrevistas realizadas a activistas de la extrema derecha de distintas nacionalidades y pertenecientes a diferentes culturas políticas, ha sido la coherencia en las respuestas a la pregunta acerca de la razón que les había llevado a abrazar el fascismo: a pesar de sus diferencias, todos suelen manifestar una profunda animadversión hacia el igualitarismo, no sólo lo de matriz socialista o comunista, sino también de tradición republicana. En la descripción de su adhesión al pensamiento fascista, estos militantes han manifestado a menudo la idea de que la Revolución francesa habría roto una ley sagrada de la naturaleza, la que establece la jerarquía como un elemento central de la antropología humana, subversión que debía ser contrarrestada. En sus palabras, la titánica lucha de los pocos para afirmar su derecho a gobernar sobre las masas no era una enunciación meramente utilitarista, sino que encerraba en sí verdadero odio hacia las bases mismas del pensamiento democrático y,

²⁰ Entrevista a Ramón Bau realizada por el autor en Barcelona, 9 de enero de 2013.

por supuesto, hacia el socialismo. No se trata de que las masas no deban gobernar por ser socialistas, al contrario, las masas se convierten en socialistas porque son antropológicamente inadecuadas al ejercicio del poder. La utopía democrática debe ser derrotada porque es portadora de un sistema que corrompe las leyes de la naturaleza, minando la legitimidad misma del poder, pues como escribió Carl Schmitt el poder reside en el estado de excepción, y sólo quien es capaz de elevarse por encima de las reglas y doblarlas según su voluntad ejerce la verdadera *potestas*.

El hecho de que esta idea constituye uno de los pilares centrales del pensamiento de la extrema derecha podría inducir a suponer que, ante el estallido de las protestas estudiantiles de 1968, los militantes se movilizaron contra los jóvenes revolucionarios. Sin embargo, no fue esto lo que ocurrió. La mayor parte del mundo del neofascismo, como hemos visto a propósito de la experiencia de la JE, estaba compuesta por jóvenes que vivían inevitablemente las contradicciones de su propio tiempo y que vieron la explosión de rabia antiburguesa que caracterizó aquella oleada global como una palanca para romper con los partidos de la derecha tradicional, respecto a los cuales muchos de ellos ya habían tomado las distancias, en nombre de un frente generacional único y compacto que pusiera en crisis la burguesía utilitarista e individualista. Junto con el socialismo, el pensamiento burgués en cuanto tal representaba el objetivo principal de aquellos grupos neofascistas que, especialmente en Italia y Francia, participaron activamente en las primeras manifestaciones del movimiento estudiantil²¹.

No obstante, a este propósito hay que trazar una distinción bastante neta entre el caso italiano y la realidad española. Efectivamente, si en Italia los grupos del neofascismo participaron activamente en las primerísimas fases del movimiento, tanto que los famosos enfrentamientos con la policía que tuvieron lugar en Valle Giulia contaron con la presencia de muchos militantes de ese área ideológica, en España la situación fue completamente diferente. Los jóvenes de izquierdas criticaban el régimen franquista, lo que constituía un rasgo en común con los fascistas españoles, pero lo hacían en nombre de los ideales democráticos. Esto era un terreno sobre el cual no era posible alcanzar ningún tipo de acuerdo, ni siquiera táctico. Mientras en Italia Franco Freda escribía *La desintegración del sistema*, un panfleto militante en el que teorizaba la alianza táctica entre la extrema derecha y la izquierda revolucionaria contra el común enemigo burgués, en España la alternativa que se presentaba era o el régimen franquista, o la instauración de la democracia liberal. Para la extrema derecha española, a pesar de sus reservas hacia el franquismo, la elección fue, por lo tanto, casi obligada. De hecho, los jóvenes militantes falangistas y de otros grupos de extrema derecha entraron en las

²¹ CARIOTI, Antonio, *I ragazzi della fiamma* (Milán: Mursia, 2011).

universidades para apalea a los manifestantes e intentar sofocar al nacer el movimiento estudiantil español²².

¿Entre los neofascistas italianos y los españoles había una diferencia política o se trataba sólo de una diferencia de oportunidades? Responder es ciertamente difícil, pero resulta interesante evidenciar un dato político relacionado con la biografía de Alberto Torresano. Cuando estalló el mayo francés, este joven universitario español se encontraba en París y, como él mismo ha contado, junto a militantes neofascistas franceses participó en la ocupación de la Sorbonne. Por lo tanto, el problema central reside en la relación entre neofascismo y democracia: allí donde se estaba en presencia de gobiernos democráticos, los neofascistas estuvieron más dispuestos a redescubrir sus raíces «socialistoides» en nombre de la lucha contra la burguesía. En cambio Falange, aunque hubiera perdido parte de su influencia, seguía manteniendo importantes cuotas de poder e influencia en el régimen de Franco. De todas formas, sería un error esquematizar excesivamente las posturas de los grupos neofascistas de aquellos años. ON, por ejemplo, apoyó la política de Estados Unidos en Vietnam, mientras que muchos otros militantes y grupos neofascistas llegaron a aclamar a los comunistas del Norte contra el imperialismo norteamericano²³. La red no era una organización, sino una galaxia de siglas, grupos, partidos e individuos que compartía una visión casi mística de la realidad, pero manteniendo grandes diferencias y contradicciones en sus filas. Diferencias y contradicciones que, en el caso de las relaciones entre neofascistas italianos y españoles, fueron superadas en nombre de la posibilidad de la aniquilación de la democracia italiana y de la defensa de la dictadura española.

1969-1977: LA ESTRATEGIA DE LAS MASACRES

Esta galaxia monocolor, negra, era multiforme y sus integrantes no dejaron de adoptar posturas diferentes, como una masa gaseosa movida por los vientos de los acontecimientos. El ancla de la ideología no era demasiado firme. Fueron muchos los grupos que se formaron y disolvieron al cabo de unos meses, así como los militantes que pasaron de un grupo a otro por razones políticas o ligadas a amistades personales. Trazar la historia de una red tan densa y estratificada de relaciones políticas no es tarea sencilla. Por exigencias de claridad, por lo tanto, intentaremos comprender cómo esta red actuó en los dos países alrededor de dos ejes principales: el intento de derribamiento de las instituciones democráticas en Italia y la defensa a ultranza del franquismo en España.

Las protestas estudiantiles del 68 fueron una constante en muchos países occidentales y, en este sentido, Italia no fue un caso excepcional. Por lo menos al principio no hubo

²² DOMÍNGUEZ MÉNDEZ, Rubén, «Los *Fasci* italianos en España. Aproximación al conocimiento de sus grupos y actividades», en *Pasado y Memoria*, 11, 2012, pp. 115-138.

²³ FERRARESI, Franco, *Threats to Democracy: The Radical Right in Italy after the War* (Princeton: Princeton University Press, 1996).

diferencias substanciales entre lo que pasaba en Roma y las movilizaciones parisinas. Sin embargo, se abrió entonces una fase larga y compleja que duró una década y que se concluyó, si queremos indicar un momento fuertemente simbólico, con el hallazgo del cadáver de Aldo Moro en 1978. El inicio de una fuerte conflictividad obrera, en lo que será recordado como el «otoño caliente» de 1969, un sistema político bloqueado por la presencia del más fuerte y más arraigado partido comunista occidental, los sobresaltos de la Guerra Fría y las heridas aún abiertas del último conflicto mundial, condicionaban profundamente la vida política italiana. En unos pocos años, Italia había vivido transformaciones sociales, económicas y políticas que en otros países habían madurado a lo largo de varias décadas. Esta carrera había producido contraposiciones sociales y políticas de difícil recomposición.

En ese contexto, la extrema derecha neofascista salió del síndrome de la derrota que caracterizaba su existencia e intentó un golpe de timón. Citando una frase muy de moda en aquellos años: grande es la confusión bajo el cielo y, por lo tanto, la situación es excelente, así decía Mao y así probablemente pensaban algunos de los elementos más radicales de la derecha neofascista. El ciudadano medio se sentía atemorizado por un cambio cultural y político, y así el arma del terrorismo, la mitología del golpe de mano, la leyenda del hombre fuerte volvieron a adquirir cuerpo. El 12 de diciembre de 1969, varias bombas estallaron en Milán y en Roma. La bomba de Milán que estalló a las 16.34 en la *Banca dell'Agricoltura* provocó 16 víctimas mortales. Se trataba de una estrategia, la llamada «estrategia de la tensión» dirigida a hacer caer el país en pánico. Almirante pidió la dimisión del gobierno, la instauración de la ley marcial y la formación de un gobierno compuesto por ministros elegidos por la jerarquía militar. Aquí no se puede profundizar en esta cuestión, pero hay que destacar algunos elementos. La masacre fue obra de elementos de *Ordine Nuovo*, en particular de su célula véneta, aunque durante las semanas siguientes se intentó culpar a los grupos de la izquierda radical y, en particular, a los anarquistas. Entre los periodistas más activos en la orquestación de esta campaña destacaba Guido Giannettini, un agente secreto neofascista, miembro de la red del OAS y frecuentador habitual de los ambientes madrileños²⁴. Fueron muchos los militantes de ON que, después de la matanza, intensificaron sus relaciones con España. El mismo Giannettini, cuando unos años más tarde estaba huyendo de la justicia italiana y se dirigía hacia Buenos Aires, encontró apoyos en Madrid gracias a la ayuda del entonces senador del MSI y ex embajador de la RSI Filippo Anfuso. Este ejemplo explica perfectamente cómo era la red de la que estamos hablando: partes del aparato del Estado, fascistas nuevos y viejos, que colaboraban para crear las condiciones necesarias para el colapso del sistema democrático italiano. Freda, Zorzi y Ventura, los principales dirigentes de la célula véneta de ON, quedaron en libertad, ninguno de ellos fue condenado. Sólo un

²⁴ FRANZINELLI, Mimmo, *La sottile linea nera. Neofascismo e servizi segreti da Piazza Fontana a Piazza della Loggia* (Milán: Rizzoli, 2007).

mes antes de la matanza, en noviembre de 1969, se habían reunido en Milán con otros miembros de la red neofascista internacional, cuyo representante español en aquella ocasión había sido el falangista Valentín Manuel. Sin embargo, el plan no tuvo éxito y, a pesar del terror, las instituciones y la sociedad italiana no cedieron al chantaje de la derecha neofascista²⁵.

El plan había fracasado, pero la estrategia seguía en pie, mirada con simpatía y probablemente sostenida por aparatos atlánticos, necesitaba sólo ser perfeccionada. Hacía falta apoyarse en una estructura más consolidada, liderada por un hombre dotado de indudable carisma entre los viejos y nuevos fascistas: Junio Valerio Borghese y su Fronte Nazionale eran el instrumento apropiado. El intento de golpe llamado *Operazione Tora Tora* empezó a las 4 de la madrugada del 8 de diciembre de 1970. Los acontecimientos de aquella noche siguen parcialmente envueltos en el misterio y no todos los materiales de archivo son accesibles. Lo que se sabe con seguridad es que el golpe estaba planeado y que el plan fue puesto en marcha: divisiones acorazadas listas para marchar sobre la capital, militantes de *Avanguardia Nazionale* que irrumpieron en el Ministerio del Interior —con la desaparición de un fusil del arsenal— y una proclama lista para ser leída una vez que se hubiera ocupado la televisión pública.

Durante muchos años aquel intento ha sido ridiculizado porque participaron también algunos guardabosques y, sobre todo, porque justo en medio de la operación Borghese recibió una misteriosa llamada, a raíz de la cual ordenó la retirada. ¿Qué había pasado? ¿Quién había llamado por teléfono? Estos interrogantes siguen sin respuesta. ¿Se había tratado de una maniobra orquestada por sectores de la derecha democristiana para avalar la tesis según la cual la izquierda de dicho partido y sus primeras aperturas hacia los comunistas eran peligrosas? Es posible. En efecto, el hecho de que sectores atlánticos e italianos estuvieran preocupados por un posible ingreso de los comunistas en el área gubernamental no era nada novedoso. El peligro comunista ya no podía ser contenido simplemente con las armas electorales, hacía falta un golpe. La extrema derecha italiana no empezó esta aventura en solitario. Borghese era un hombre dotado de numerosas conexiones y era respetado por importantes sectores de los servicios secretos norteamericanos, con los que había colaborado desde 1944. Era un experto sobre aquel denso mundo de espías y agentes dobles que componían la realidad de los servicios de información y seguridad, incluso fue él quien activó la red del neofascismo internacional. Lo llamamos neofascismo por razones de orden cronológico, pero en realidad Borghese se dirigió a un hombre como Otto Skorzeny, procedente del nazismo. Borghese envió a Madrid a su mano derecha, Adriano Monti, para hablar con Skorzeny acerca del golpe y para recibir a través de él el visto bueno de los norteamericanos²⁶. En Madrid, Skorzeny trabajaba

²⁵ ALBANESE, Matteo y DEL HIERRO, Pablo, «A Transnational Network: The Contacts between Fascist Elements in Spain and Italy, 1945-1975», en *Politics Religion & Ideology*, 15/1, 2014, pp. 82-102.

²⁶ MONTI, Adriano, *Il golpe Borghese. Un golpe virtuale all'italiana* (Turín: Lo Scarabeo, 2006).

tanto para los servicios secretos españoles, como para la CIA²⁷. Sin embargo, también este plan fracasó, tal vez porque el neofascismo había sido utilizado para cuestiones esencialmente internas dentro de los equilibrios de poder, o tal vez los americanos habían decidido finalmente no avalar un cambio autoritario en el país.

Pocos días después del fracasado golpe, Borghese y Stefano Delle Chiaie se refugiaron en Madrid, encubiertos y ayudados por los servicios de seguridad españoles y por la red neofascista. En los tres años siguientes las actividades de la red se hicieron más fragmentadas y los ataques se volvieron menos espectaculares, pero más ramificados en el territorio: asaltos a sedes de partidos y sindicatos, y escuadrones que a diario iban en busca del enfrentamiento con los enemigos, en un clima de peligro constante. Al igual que Borghese y Delle Chiaie, en estos años decenas de militantes de la extrema derecha encontraron refugio en Madrid, una ciudad que se había convertido en una verdadera central de la eversión negra a nivel europeo. Fue el caso de Carlo Cicuttini, quien se refugió en Madrid después de haber puesto una bomba que mató a tres carabineros, y que entre 1972 y 1973 recibió de Giorgio Almirante 34.600 dólares. ¿Por qué el secretario general del MSI decidió ayudar a un terrorista? De acuerdo con lo que ha afirmado Ernesto Milà en una larga entrevista, Almirante quería alejar a Cicuttini de Italia porque, si lo hubieran detenido, su pasado en el MSI habría creado dificultades al partido. Además, el vínculo ideológico hacía que muchos militantes del MSI simpatizaran con aquellos jóvenes que había elegido la lucha armada²⁸.

1974, EL AÑO DEL CAMBIO

Los últimos meses de 1973 y 1974 han representado una verdadera encrucijada política y han marcado el inicio del fin de una época. La muerte de Allende, el lanzamiento de la política del «compromiso histórico» por parte del PCI, la crisis energética, la caída del régimen de los coroneles en Grecia y la Revolución de los Claveles en Portugal mutaron el escenario político y económico a nivel europeo y mundial. La caída del régimen salazarista y la huida de Caetano provocaron desaliento en muchos militantes de la galaxia del neofascismo transnacional. La experiencia de Alberto Torresano ejemplifica este momento en el que la derecha radical vivió un sobresalto que se difundió por todo el continente. Como hemos visto, se había ido de España en desacuerdo con el régimen y, sin embargo, después de haber recibido una llamada por parte de algunos camaradas, la noche del 26 de abril de 1974 volvió a Madrid para defender el franquismo ante la posibilidad de un contagio de la movilización portuguesa. La red del neofascismo, por

²⁷ SKORZENY, Otto, *Vivere pericolosamente* (Roma: Il Borghese editore, 1970).

²⁸ SÁNCHEZ SOLER, Mariano, *Los Hijos del 20-N. Historia violenta del fascismo español* (Madrid: Temas de Hoy, 1996), p. 142. Según Soler, el abogado de Cicuttini ingresó aquel dinero en una cuenta suiza siguiendo una orden de Almirante.

lo tanto, a pesar de sus diferencias internas, era capaz de recomponerse alrededor de un determinado problema, mutando su propio estado de gaseoso a sólido.

El apoyo a las fuerzas de la reacción portuguesa, reunidas principalmente en el Ejército de Liberación Portugués (ELP), se convirtió en una prioridad. Las acciones violentas que tenían lugar sobre todo en el norte del país eran divulgadas gracias a una radio que transmitía en Portugal desde España. Es interesante notar que el repetidor de esta radio había sido instalado en la frontera por Pomar, con la ayuda de elementos de la Guardia Civil y ex oficiales de la OAS que habían huido de Lisboa en las primeras semanas de mayo de 1974, encontrando refugio en Madrid²⁹. Italianos, franceses, españoles y portugueses, todos juntos contra el común enemigo comunista. Guerin Serac y sus camaradas encontraron en la red montada por Borghese y Delle Chiaie un puerto seguro, desde donde fueron organizando atentados terroristas en toda Europa. Mientras tanto en Italia el movimiento neofascista, después de la disolución de ON y según algunos testimonios con la ayuda de Serac, realizó una masacre espeluznante tanto por su modalidad, una bomba puesta en una papelera en una plaza llena de gente, como por el escaso impacto político. El neofascismo se encontraba en un momento de crisis, Grecia y Portugal habían caído, y ON había sido declarado ilegal y muchos de sus dirigentes habían sido detenidos o estaban huidos. En este contexto tomó cuerpo el atentado de Piazza della Loggia, en Brescia.

Aquí no es posible analizar detenidamente esta masacre, lo que importa es subrayar que una de las fases más cruentas del terrorismo neofascista se desarrolló en un clima de derrota política³⁰. En España el régimen se estaba desmoronando, el experimento griego había durado sólo unos pocos años y Portugal inauguraba las esperanzas de una revolución pacífica hacia la democracia. El neofascismo había perdido y el extremo intento de instaurar regímenes totalitarios en Europa occidental declinaba. Se trató de un ocaso parecido al agitarse rabioso de una fiera herida. El neofascismo estaba a punto de abandonar, por lo menos durante un tiempo, la escena política europea, pero antes intentó provocar más daño posible. A partir de ese momento, aunque siguió existiendo una estrategia común de la red, algunos elementos estratégicos divergieron. Efectivamente, en Italia la matanza de Brescia representó la anticipación de aquel nihilismo político que fue el espontaneísmo armado de los años ochenta, un atacar que no tenía otra finalidad que la de demostrar simplemente su propia existencia, fuera de cualquier horizonte estratégico.

²⁹ DARD, Olivier, *Voyage au coeur de l'OAS* (París: Perrin, 2005).

³⁰ Para detalles, véanse Roberto CHIARINI y Paolo CORSINI, *Da Salò a Piazza della Loggia: blocco d'ordine, neofascismo, radicalismo di destra a Brescia (1945-1974)* (Milán: Franco Angeli, 1988); Mimmo FRANZINELLI, *La sottile linea nera: neofascismo e servizi segreti da piazza Fontana a piazza della Loggia* (Milán: Rizzoli, 2008).

En España, en cambio, las preocupaciones eran otras. No obstante el miedo a un contagio de lo que estaba ocurriendo en Portugal, la derecha radical cultivaba dos esperanzas: una, más utópica, era la de poder aprovechar el momento de confusión para intentar un golpe que superase las incertidumbres del franquismo, poniendo en marcha una verdadera revolución fascista en el corazón de Europa. Otra, más realista, era la de hacer palanca sobre todos aquellos sectores sociales y políticos reacios al cambio de régimen, para engrosar así las filas de la extrema derecha y garantizar una transición que no conllevara ninguna cesura con el pasado franquista y sus prácticas. El terrorismo de derecha, considerado desde esta perspectiva, tenía dos objetivos: amenazar con una guerra civil en el caso que las ideas de las izquierdas acerca de una depuración de los aparatos del Estado hubieran ganado terreno, y demostrar a las áreas más conservadoras de las instituciones franquistas que los grupos de la extrema derecha podían tener cierta utilidad en la transición y más allá.

No fue casual que la primera acción paramilitar en la que participaron militantes italianos, argentinos y españoles fuera el tiroteo de Montejurra. Cada año el carlismo celebraba en Montejurra una manifestación, pero en aquel 1976 el contexto político estaba mutando rápidamente. La extrema derecha española se estaba aglutinando alrededor de Blas Piñar, un ultracatólico fundador de Fuerza Nueva (FN). Sin embargo, muchos militantes del área neofascista y neonazi no estaban convencidos de que la intransigencia doctrinaria propia del movimiento de Piñar fuera la mejor solución para contrarrestar el comunismo en España. Así, gracias también a la ayuda de algunos miembros de la Guardia Civil, decidieron actuar contra Carlos Hugo de Borbón, entonces líder de la rama carlista que había evolucionado hacia posiciones de izquierdas, para poner a la cabeza del movimiento a Sixto Enrique, considerado como una posible figura unificadora de la derecha ibérica. La mañana del 9 de mayo un grupo armado liderado por Delle Chiaie dejó un hotel cercano a Montejurra e hizo una emboscada a los carlistas que subían la montaña. Según los testimonios, alrededor de 100 neofascistas cerraron el paso a la marcha de los carlistas y el enfrentamiento se hizo inevitable³¹. Los neofascistas iban abundantemente armados, y muchas de aquellas armas les habían sido proporcionadas por la Guardia Civil³². Fue un caso fortuito que las víctimas fueran sólo dos. Junto a Delle Chiaie encabezaron la misión Augusto Cauchi y Rodolfo Almirón. Este último era miembro de la Triple A, una organización anticomunista internacional que ya había cometido muchos asesinatos de opositores en Argentina, y sería el escolta personal de Manuel Fraga hasta 1984.

³¹ DELLE CHIAIE, Stefano, BERLENGHINI, Umberto y GRINTER, Massimiliano, *L'aquila ed il condor. Memorie di un militante politico* (Milán: Sperling & Kupfer, 2012).

³² CUBERO SÁNCHEZ, Javier, *Montejurra 76 en el contexto de los años de plomo* (Madrid: Ediciones Arcos, 2010).

Los distintos grupos, a pesar de sus rivalidades, colaboraban entre sí y con sectores de las instituciones con un objetivo común: si no era posible impedir la transición, había que asegurar unas garantías para los militantes de la extrema derecha, tanto a nivel de relevancia política como, sobre todo, a nivel de impunidad. Una parte importante de la transición española y de su elevado nivel de violencia puede ser explicada a través de esta lectura, que nos permite comprender mejor cómo la extrema derecha intentó, a lo largo de esos años, ocupar un espacio y dotarse de un papel dentro de las nuevas instituciones. En este sentido, algunos neofascistas italianos fueron utilizados por sectores de los servicios secretos españoles en la lucha contra el independentismo vasco. La lucha contra ETA, por lo tanto, también tuvo tonalidades negras. De matriz neofascista fue asimismo la matanza de Atocha, en la cual aparecen elementos que dejan entrever una participación activa de actores no españoles, y que avalan la tesis de una violencia desencadenada a partir de la derrota política y social de la derecha radical³³.

A propósito de este atentado es importante subrayar aquí algunos aspectos. En primer lugar, la matanza fue llevada a cabo por un comando de militantes de la extrema derecha, cercanos a FN y Blas Piñar. El objetivo principal era uno de los líderes de las Comisiones Obreras de Madrid, pero al no encontrarse en aquel local, los atentadores decidieron abrir de todas formas el fuego contra un grupo de abogados laboristas. Desde el principio de este capítulo hemos dicho que el neofascismo ha sido a menudo fruto de la derrota. En el proceso de declive del franquismo, el Sindicato Vertical se había visto especialmente afectado por la labor de la oposición democrática y había sido una de las primeras instituciones de la dictadura en ser desmantelada. A la altura de enero de 1977, las principales responsables del hundimiento del Vertical, las Comisiones Obreras, estaban a punto de ser legalizadas, así como el Partido Comunista. La cuestión ideológica se entrelazó entonces con los sentimientos de derrota y la frustración dio fuerza a la mano que empuñaba las armas: la convicción de matar, en cambio, derivó de la ideología, descendió de un neofascismo de corte nihilista y de la voluntad de no irse en silencio. Son éstos los puntos que queríamos subrayar brevemente: el elemento social y político y el factor ideológico. FN y los otros grupos del neofascismo español se movieron en el terreno de la resistencia a un cambio casi inevitable. Ante la derrota, la naturaleza violenta de la ideología fascista se encontró con la desesperación de aquellos que, a nivel social, seguían depositando en el régimen y en su continuidad una confianza cotidiana.

¿En qué manera los caminos de estos militantes y de los neofascistas italianos se entrecruzaron en el episodio de Atocha? En realidad, hoy en día no existe una prueba irrefutable de que militantes italianos participaron en la matanza de Atocha como

³³ CABREJAS DE LAS HERAS, Gloria, «La matanza de Atocha y la Semana Negra de la transición española» en Manuel Bueno Lluich, José Hinojosa, Carmen García García (eds.), *Historia del PCE*, vol. 2 (Madrid: Fundación de Investigaciones Marxistas, 2007), pp. 399-412.

ejecutores u organizadores. Lo que se propone en las próximas líneas, por lo tanto, es una deducción que tiene el valor de hipótesis. Las voces acerca de la presencia de un militante italiano en la escena de aquella noche de enero han circulado siempre en los ambientes de la extrema derecha italiana y española. Las reflexiones de Vincenzo Vinciguerra, las aperturas posibilistas de un juez italiano que ha indagado sobre el terrorismo y ha declarado a *El País* en 1996 que cree que Cicuttini estuvo en la matanza, son solo pequeños indicios³⁴. En el dossier de Otto Skorzeny que se encuentra en el archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, en Madrid, existe un informe sobre una prueba de fuego realizada por el mismo Skorzeny con el prototipo de una metralleta que, según decía él, después de unas pequeñas mejoras podía ser puesta en producción. También en los papeles de la sentencia por la matanza de Piazza Fontana aparecía el prototipo de una metralleta que Eliodoro Pomar había construido en Madrid para venderlo a los servicios españoles o, en alternativa, a los grupos croatas *Ustacha* refugiados en Valencia³⁵. La metralleta en cuestión era una *Ingram 10*, un modelo ideado en 1964, que se prestaba bien a modificaciones y personalizaciones. Eliodoro Pomar, en su taller de la calle Pelayo, unas habitaciones situadas en un convento de monjas y procuradas por el líder de los Guerrilleros de Cristo Rey, Mariano Sánchez Covisa, se dedicó con la meticulosidad de un ingeniero a la mejora de esta arma. Pomar trabajaba y Skorzeny probaba. Concutelli utilizó un arma parecida para matar al juez Occorsio. Hace unos años, en una entrevista, Cristina Almeida recordó que los supervivientes de Atocha seguían recordando aquella *marietta* (diminutivo de metralleta), aquella arma terrible dotada de silenciador que se empuñaba con una sola mano, el ruido de sus disparos sordos y peculiares. ¿Se trataba de la misma arma? El calibre de los cartuchos encontrados en el lugar de la matanza coincide, aunque son muchas las armas que utilizan el calibre 40 S&W. ¿Pero cuántas son las probabilidades de que en la misma ciudad, dentro del mismo ámbito político, se utilizaran armas idénticas? Quizás la *marietta*, nunca encontrada, que disparó en la calle Atocha llevaba la firma sangrienta de los vínculos existentes entre la derecha neofascista italiana y la española.

³⁴ CASALS MESEGUER, Xavier, *Ultrapatriotas: extrema derecha y nacionalismo de la guerra fría a la era de la globalización* (Barcelona: Crítica, 2003).

³⁵ Sentencia proceso Piazza Fontana; Tribunal de Milán, número de registro: 3192171-A-G.I.